

## BATALLA DE CABRA



ECTIVAMENTE, así fué. Al día siguiente las tropas de Abdallah llegaban arrasándolo todo, a sangre y fuego, hasta el castillo de Cabra.

Allí los esperaba el Cid.

Apenas oyó de labios del mensajero la respuesta del orgulloso granadino, la comunicó a Motamid, le hizo preparar sus tropas y partió con sus huestes cristianas y las huestes musulmanas a marchas forzadas hacia Cabra.

—Allí tengo una cita—decía el Cid—, corramos, no sea que lleguemos atrasados, cosa que la educación me impide.

Llegaron adelantados.

No hace una hora que están allí cuando la colina del frente florece de gritos salvajes y de miles de turbantes.

Sobre un caballo árabe, lleno de seguridad y de telas flotantes, aparece Abdallah; a su lado, sobre un potro magnífico, lleno de barbas, aparece el conde García Ordóñez.

Babieca mira los dos potros y escupe por el colmillo.

## V. HUIDOBRO

El horizonte se cubre de soldados por todas partes. Van brotando en líneas compactas, en líneas de oriflamas y turbantes. Moros y cristianos van brotando de una fuente desconocida y en un instante ponen sitio al paisaje.

Corren los comandos entre relinchos de caballo.

Es la hora de tercia, la famosa hora de tercia, legendaria, bíblica, con gusto a poema, impregnada de sucesos trascendentales. Hora temible por todo lo que ha pasado en ella y más temible aún por lo que ha de pasar. La hora de tercia es entre las horas lo que el número siete en la magia.

Durante un momento los dos ejércitos se contemplan. Es el momento solemne de todos los combates, desde los últimos insectos, pasando por los gallos y los perros, hasta los leones y los hombres. El momento en que el mundo suspende la respiración. La naturaleza presiente la gran lucha y en el campo que queda entre los dos bandos la última rata desaparece bajo la tierra. Frente a frente miles de estatuas se miran inmóviles.

De repente se hace un estremecimiento entre las estatuas y el Cid atraviesa en aerolito el espacio que lo separa del enemigo.

Es la señal. En pos de Mío Cid un enorme bloque de mármol llameante se lanza a la carrera a todo lo ancho y a todo lo largo. Se mete el Cid entre los granadinos y ya sabemos cómo se mete semejante titán.

Con él entra la mitología en la realidad. Un moro inmenso, una especie de Goliath, le sale al encuentro. De un formidable golpe de mandoble, el Cid lo parte en dos de alto a bajo y pasa entre las mitades sangrientas, veloz, incontenible, hecho un enredo preciso de espada-zos inenarrables.

Ante semejante catarata entre ellos, el bando enemigo se descompone, empiezan a flaquear las piernas. Un como terror sagrado se apodera de los corazones y de los brazos.

Rotas por todas partes las huestes de Abdallah, inútilmente se rehacen, inútilmente tratan de apretarse y resistir.

Gritan los jefes desconcertados, se aturden los soldados, se juntan por aquí, se rompen por allá. Por donde se abren los contrarios se meten los del Cid en una desembocadura de río estrepitoso.

El Cid se pierde debajo de los molinetes gigantescos de su mandoble, que le hace una cortina de hierro movable y fulminante.

Poco antes del mediodía el enemigo está en completa derrota; ya no hay esperanzas.

Apenas el sol llega al cenit y caen de su disco las doce campanadas como gotas ardiendo, la huida pavorosa se produce. No hay quien sujete esos pies electrizados por el pánico.

Abdallah corre entre los suyos y todo él es un manto blanco volando al viento.

Mío Cid, con sus caballeros cristianos y sus moros sevillanos, emprende la tarea fácil de la persecución. El tremendo castellano tiene los ojos puestos en un caballero barbudo que va huyendo ante él. No se preocupa más de Abdallah ni de los otros; sólo ese caballero cristiano lo tiene como hipnotizado en su siga.

Espolea el caballero de las barbas, espolea el Cid detrás de él. Babioca ha comprendido de qué se trata y mueve las patas desahogado como émbolos a todo vapor.

En cuatro minutos lo alcanza el Cid, lo estrella con su caballo y tira rodando al suelo caballo y caballero.

## V. HUIDOBRO

En un pestañeo salta de su montura y se echa sobre él. Lo pesca de las barbas y lo pone en pie de un sacudón.

—Parece mentira, conde García Ordóñez—le grita el Cid—; parece mentira que te aventuras en guerras contra vasallos de tu señor. Si andas tras de botín o tras de



tierras, vete a pelear contra moros enemigos de Castilla, pero no contra pecheros de nuestro rey. Eres mi prisionero y ya sabes por qué te he mesado las barbas. Ríe ahora como reías ayer.

El conde García Ordóñez no dice una palabra y se traga su vergüenza envuelta en saliva y bilis. La vergüenza es un bocado indigesto, se pega en el vientre y no hay más purgante que la venganza que puede a veces

## M I O C I D C A M P E A D O R

hacerlo correr. El pobre conde baja los ojos y marcha entre cuatro soldados detrás del vencedor.

Manda el Cid recoger todo el botín y las riquezas que quedan en el campo y se vuelve a Sevilla.

En Sevilla entrega a Motamid todo lo que los granadinos le habían robado y además le permite escoger otros bienes entre los arrebatados al enemigo.

Hombre generoso, el Cid, a los tres días da libertad a García Ordóñez y a sus compañeros.

Motamid no halla qué hacerse de agradecimiento.

Declara cinco días de fiestas públicas en honor del vencedor y lo llena de regalos. En grandes arcos en las calles hace inscribir en letras de flores: Cidi el Campeador. Cidi el Campeador.

La batalla de Cabra sella al Cid el título de Campeador, lo pega a su primer título con soldaduras de sangre y gloria. A partir de este día, el nombre Campeador cobra un significado más superlativo que el que el mismo Cid le había dado al aceptarlo de los labios de la ironía.

Al quinto día por la tarde se despide el Cid de Sevilla y de su rey y emprende el retorno a Burgos con sus tropas, sus regalos y las parias para su señor.

Se alejan cantando por los caminos. Sevilla es un punto atrás, lejos.

Cae la noche.

Una hermosa luna empolvada hace la coqueta detrás de dos nubes.